CLAVE BIOGRÁFICA: UNA APROXIMACIÓN A LA REALIDAD ONTOPOLÍTICA DE LA EDUCACIÓN EN VENEZUELA

Recibido:12/06/2026

Aprobado:05/10/2025

Heredia Martínez, Juan Reinaldo
Universidad de Margarita
Margarita, Venezuela
jheredia1957@gmail.com

RESUMEN

El presente ensayo científico tiene como propósito analizar la pertinencia de la clave biográfica como vía epistemológica y metodológica para comprender la realidad ontopolítica de la educación en Venezuela, particularmente en el período comprendido entre 1950 y 1980. Se parte del reconocimiento de la educación como una experiencia histórica, situada y atravesada por relaciones de poder, en la que confluyen dimensiones subjetivas, sociales, culturales y políticas. El trabajo se inscribe en el paradigma cualitativo, desde una perspectiva hermenéutico-interpretativa, apoyada en el método biográfico, las historias de vida, las narrativas testimoniales y la revisión documental. A partir de la reconstrucción analítica de trayectorias pedagógicas situadas, se reflexiona sobre el valor de la memoria, la historicidad, la alteridad y la pedagogía política como categorías centrales para comprender el hecho educativo. Se concluye que la clave biográfica permite visibilizar dimensiones de la experiencia educativa que permanecen ocultas en enfoques tecnocráticos, al tiempo que posibilita articular la experiencia individual con los procesos históricos colectivos, configurando una comprensión más compleja de la educación como fenómeno ontopolítico.

Palabras clave: método biográfico; ontopolítica; educación venezolana; historia de vida; hermenéutica.

ABSTRACT

This scientific essay analyzes the relevance of the biographical key as an epistemological and methodological approach to understanding the ontopolitical reality of education in Venezuela, particularly between 1950 and 1980. It is based on the recognition of education as a historical, situated experience shaped by power relations, where subjective, social, cultural, and political dimensions converge. The study is framed within the qualitative paradigm, from an hermeneutic-interpretive perspective supported by the biographical method, life histories, testimonial narratives, and documentary review. Through the analytical reconstruction of situated pedagogical trajectories, the paper reflects on the value of memory, historicity, alterity, and political pedagogy as key categories for understanding education. It concludes that the biographical key reveals dimensions of educational experience that remain hidden in technocratic approaches, while articulating individual experience with collective historical processes, thus enabling a more complex understanding of education as an ontopolitical phenomenon.

Keywords: biographical method; ontopolitics; Venezuelan education; life history; hermeneutics.

Introducción

La educación, en tanto fenómeno histórico, social y culturalmente situado, constituye un campo de problematización que trasciende las aproximaciones reduccionistas centradas exclusivamente en su dimensión instrumental, normativa o técnico-administrativa. En contextos como el venezolano, caracterizado por profundas transformaciones políticas, económicas y socioculturales a lo largo del siglo XX, el hecho educativo se configura como una experiencia compleja en la que convergen procesos de subjetivación, construcción de ciudadanía, reproducción y transformación social, así como dinámicas de poder que inciden directamente en la formación del ser.

Desde esta perspectiva, resulta insuficiente abordar la educación únicamente a partir de indicadores de eficiencia, cobertura o rendimiento, ya que tales aproximaciones tienden a invisibilizar las tramas simbólicas, las mediaciones históricas y las experiencias vividas que constituyen el núcleo ontológico de los procesos formativos. En este sentido, se hace necesario recurrir a marcos epistemológicos que permitan comprender la educación como una praxis situada, cargada de significación, en la que los sujetos no solo participan como receptores de contenidos, sino como agentes activos en la producción de sentido y en la configuración de su propia historicidad.

Al respecto, Abad (2020), expone:

> El enfoque epistemológico propone considerar la educación como generadora de procesos de formación hacia la gestión del conocimiento, relacionados con el contexto; esto implica pensar que las personas forman parte de sistemas más amplios, son determinadas por ellos y los determinan simultánea y recíprocamente. Por tanto, la educación es un fenómeno complejo que involucra diferentes actores, y procesos de investigación que se fundamentan en la epistemología de las corrientes teóricas y/o filosóficas. (p.288).

En este horizonte de reflexión, la clave biográfica emerge como una alternativa epistemológica y metodológica de alta pertinencia para el estudio de la educación. Lejos de concebirse como un recurso meramente descriptivo o anecdótico, el enfoque biográfico se posiciona como un dispositivo de inteligibilidad que permite articular la experiencia individual con los procesos históricos y sociales que la configuran. A través de las historias de vida, las narrativas testimoniales y la reconstrucción de trayectorias pedagógicas, es posible acceder a dimensiones de la realidad educativa que permanecen opacas en enfoques de corte positivista o tecnocrático.

El giro hacia lo biográfico en las ciencias sociales y educativas responde, en gran medida, a la necesidad de recuperar la centralidad del sujeto en la producción del conocimiento. Este desplazamiento implica reconocer que la experiencia vivida, mediada por el lenguaje y la memoria, constituye una fuente legítima de saber, capaz de revelar no solo la singularidad de las trayectorias personales, sino también las estructuras sociales, las tensiones históricas y los marcos culturales en los que dichas trayectorias se inscriben. En consecuencia, la biografía se convierte en un espacio privilegiado para la interpretación, donde el relato no solo reconstruye el pasado, sino que lo resignifica desde el presente, generando nuevas formas de comprensión. Desde esta óptica, Córdova (1993), señala:

> La emergencia de las historias de vida, como metodología alternativa para las Ciencias Sociales, aparece como resultado de un cierto cansancio por la construcción indefinida de variables e indicadores numéricos, que colocaron a las ciencias de la sociedad frente a un reduccionismo intolerable. Por otro lado, la crisis de los paradigmas dominantes en las ciencias sociales forzó, de alguna manera, a una revisión metodológica que permitió el retorno del sujeto y el acceso de los actores sociales con sus prácticas cotidianas al campo de la investigación de lo social. Las ciencias de lo humano rompen así con la pesada carga de la tradición neopositivista y abren cause al uso plural de enfoques teóricos y metodológicos, pero, además, posibilita el uso de los relatos de vida, relatos de prácticas, de documentos personales, de historias de vida, etc., para un más cabal conocimiento de lo vivido, de lo dado y de la problemática de la subjetividad. (s/n).

En el caso venezolano, el período comprendido entre 1950 y 1980 representa un momento de especial relevancia

para el análisis de la educación como fenómeno ontopolítico. Durante estas décadas se consolidaron procesos fundamentales como la expansión del sistema educativo, la institucionalización de políticas públicas orientadas a la democratización del acceso y la configuración del Estado docente como eje articulador de la acción educativa. No obstante, más allá de estos procesos estructurales, es en la experiencia concreta de los sujetos donde se manifiestan con mayor nitidez las tensiones entre educación, poder, identidad y proyecto de país.

La noción de ontopolítica, en este contexto, permite profundizar en la comprensión de la educación como un espacio en el que se entrelazan la constitución del ser y las relaciones de poder. La educación no solo transmite conocimientos, sino que configura modos de existencia, formas de subjetividad y horizontes de sentido. Desde esta perspectiva, el acto pedagógico se inscribe en una dimensión ético-política que trasciende la mera instrucción, situándose en el terreno de la formación integral del sujeto y de su inserción crítica en la vida social.

A partir de estas consideraciones, el presente ensayo tiene como propósito analizar la pertinencia de la clave biográfica como vía de aproximación a la realidad ontopolítica de la educación en Venezuela. Se busca, en particular, reflexionar sobre el valor epistemológico y metodológico del enfoque biográfico para comprender la educación como experiencia histórica encarnada, así como explorar las posibilidades interpretativas que ofrece la articulación entre memoria, historicidad, alteridad y pedagogía política.

Metodológicamente, el trabajo se inscribe en el paradigma cualitativo, desde una orientación hermenéutico-interpretativa que privilegia la comprensión de los significados sobre la explicación causal. Se recurre al método biográfico como estrategia de aproximación, entendiendo que las trayectorias pedagógicas constituyen una mediación fundamental para acceder a la complejidad del fenómeno educativo. En este sentido, la narrativa se asume no solo como técnica, sino como forma de conocimiento, en la que el lenguaje opera como vehículo de construcción de realidad.

En términos estructurales, el artículo se organiza en varias secciones que abordan, en primer lugar, la fundamentación epistemológica del enfoque biográfico; en segundo lugar, la conceptualización de la educación como realidad ontopolítica; posteriormente, el análisis de categorías como historicidad, memoria y alteridad; seguido de la descripción de la ruta metodológica; y, finalmente, la exposición de las implicaciones pedagógicas y conclusivas derivadas de la reflexión.

En suma, este trabajo se propone contribuir a la discusión contemporánea sobre la investigación educativa en Venezuela, ofreciendo una mirada que, lejos de reducir la educación a sus dimensiones funcionales, la reconoce como un espacio de producción de sentido, de configuración de subjetividades y de construcción histórica. Desde la clave biográfica, la educación se revela como una experiencia profundamente humana, en la que el pasado, el presente y el futuro se entrelazan en la narrativa de quienes la viven, la piensan y la transforman.

Fundamentación Epistemológica Del Enfoque Biográfico

La comprensión de la educación como fenómeno complejo, multidimensional y profundamente enraizado en la experiencia humana exige una revisión crítica de los fundamentos epistemológicos que han orientado tradicionalmente la producción de conocimiento en el campo de las ciencias sociales. En este sentido, el tránsito desde paradigmas positivistas hacia enfoques interpretativos ha supuesto no solo un cambio metodológico, sino una reconfiguración sustantiva de la manera en que se concibe la relación entre sujeto, conocimiento y realidad.

El paradigma positivista, dominante durante gran parte del desarrollo de las ciencias sociales, se sustentó en la aspiración de objetividad, la búsqueda de leyes generales y la pretensión de neutralidad del investigador. Bajo esta lógica, el conocimiento se construyó a partir de la observación externa de los fenómenos, privilegiando la medición, la cuantificación y la generalización. Sin embargo, este enfoque mostró importantes limitaciones al intentar abordar realidades complejas como la educación, donde intervienen dimensiones simbólicas, culturales, subjetivas e históricas que no pueden ser plenamente captadas mediante procedimientos estrictamente cuantitativos.

En este sentido, Lincoln y Guba, (1985), manifiestan: "Los enfoques cuantitativos imponen restricciones que ignoran las contribuciones de los contextos a los significados de los fenómenos investigados... La realidad no es una entidad única, fragmentable y medible, sino un constructo múltiple, holístico y divergente", (p. 39). Desde esta mirada, el positivismo adolece de un reduccionismo ciego cuando intenta aplicar las reglas de las ciencias naturales al tejido social y educativo. La percepción de estos autores, robustece este argumento al impugnar los dos pilares del positivismo tradicional; la fragmentación de la realidad y la descontextualización, siendo este, desde el ámbito educativo, un fenómeno que nunca ocurre en el vacío. Cuando el positivismo se busca aislar variables para medir y generalizar, termina eliminando el contexto, que es precisamente donde residen las dimensiones simbólicas, culturales e históricas mencionadas en tu texto.

En contraposición a esta perspectiva, el paradigma cualitativo emerge como una alternativa epistemológica que reconoce la centralidad del sujeto en la construcción del conocimiento. Desde esta óptica, la realidad no es concebida como un objeto externo y estático, sino como una construcción intersubjetiva, mediada por el lenguaje, la cultura y la experiencia. En consecuencia, el conocimiento se entiende como un proceso interpretativo en el que el investigador participa activamente en la producción de significados, estableciendo una relación dialógica con el objeto de estudio.

Dentro de este marco, el enfoque biográfico se posiciona como una de las estrategias más significativas para acceder a la comprensión de los fenómenos educativos. Su pertinencia radica en la posibilidad de articular la experiencia individual con los procesos sociales e históricos, superando la dicotomía entre lo subjetivo y lo estructural. La biografía, en tanto construcción narrativa, permite explorar la manera en que los sujetos interpretan su trayectoria vital, organizan sus experiencias y otorgan sentido a los acontecimientos que configuran su existencia.

Las historias de vida, como modalidad específica del enfoque biográfico, constituyen un dispositivo metodológico que posibilita la reconstrucción de trayectorias a partir de la voz de los propios actores. Este tipo de aproximación no se limita a la recopilación de datos, sino que implica un proceso de co-construcción del relato, en el que intervienen tanto el sujeto narrador como el investigador. En este sentido, la narrativa no es concebida como un simple reflejo de la realidad, sino como una forma de producirla y resignificarla. Desde esta perspectiva, Bertaux, (2005) manifiesta que:

> El enfoque biográfico no consiste en acumular relatos como si fueran datos inertes, sino en comprender cómo los sujetos se producen a sí mismos a través de la palabra. La historia de vida es un proceso interactivo de co-producción donde el investigador y el narrador configuran una nueva inteligibilidad de lo social (p. 34).

En este sentido, ver el relato como un reflejo fiel de la realidad es un resabio del positivismo decimonónico que asume que el lenguaje es neutral. Como bien señala el texto, la narrativa produce y resignifica la realidad. Cuando un sujeto narra su trayectoria, no está haciendo un inventario de hechos cronológicos; está realizando una operación cognitiva y afectiva de selección, ordenamiento y dotación de sentido a su pasado desde su posición presente.

El dispositivo metodológico de la historia de vida es, por lo tanto, una relación dialógica. El investigador no extrae

información; cataliza la reflexión. Al intervenir con sus preguntas, silencios y repreguntas, el investigador participa activamente en la estructura del relato. Esta perspectiva desplaza el eje de la validez científica desde la objetividad estadística hacia la autenticidad y la densidad reflexiva de la experiencia vivida.

Desde la perspectiva hermenéutica, la narrativa biográfica adquiere un valor epistemológico fundamental, en tanto permite acceder a la comprensión del sentido que los sujetos atribuyen a su experiencia. La hermenéutica, entendida como teoría de la interpretación, plantea que todo conocimiento está mediado por el lenguaje y por las estructuras de significación que configuran la comprensión del mundo. En este marco, el relato biográfico se convierte en un texto que debe ser interpretado, considerando tanto su contenido explícito como sus dimensiones implícitas, simbólicas y contextuales.

Uno de los aportes más relevantes del enfoque biográfico radica en su capacidad para integrar diferentes niveles de análisis. Por un lado, permite explorar la singularidad de la experiencia individual, reconociendo la especificidad de cada trayectoria. Por otro lado, posibilita identificar patrones, regularidades y tensiones que remiten a procesos sociales más amplios. De este modo, la biografía se configura como un espacio de articulación entre lo micro y lo macro, entre la historia personal y la historia colectiva.

Asimismo, el enfoque biográfico introduce una dimensión temporal que resulta clave para la comprensión de la educación. La experiencia educativa no puede ser entendida como un evento aislado, sino como un proceso que se desarrolla a lo largo del tiempo, en el que se entrelazan pasado, presente y futuro. La narrativa permite reconstruir esta temporalidad, mostrando cómo los sujetos reinterpretan su pasado desde el presente y proyectan su experiencia hacia el futuro.

En este sentido, la memoria juega un papel central en la construcción del relato biográfico. Lejos de ser un simple depósito de recuerdos, la memoria es un proceso activo de selección, organización e interpretación de la experiencia. A través de la memoria, los sujetos reconstruyen su historia, otorgan sentido a los acontecimientos vividos y configuran su identidad. La investigación biográfica, por tanto, no accede a un pasado "tal como fue", sino a un pasado interpretado, resignificado y narrado desde el presente.

Otro aspecto fundamental del enfoque biográfico es su potencial para visibilizar dimensiones de la realidad que suelen permanecer ocultas en otros enfoques. En el ámbito educativo, esto implica reconocer las experiencias, voces y saberes de los sujetos que participan en los procesos formativos, especialmente aquellos que han sido históricamente marginados o invisibilizados. La narrativa biográfica permite dar cuenta de estas experiencias, contribuyendo a una comprensión más inclusiva y democrática del conocimiento.

Desde el punto de vista ético, el enfoque biográfico plantea importantes desafíos y responsabilidades. La investigación con historias de vida implica trabajar con experiencias personales, muchas veces cargadas de significados profundos y de implicaciones emocionales. Esto exige del investigador una actitud de respeto, sensibilidad y compromiso, así como una reflexión constante sobre su propio posicionamiento en el proceso de investigación.

En síntesis, la fundamentación epistemológica del enfoque biográfico se sustenta en una concepción del conocimiento como proceso interpretativo, situado y relacional. Su valor en el campo de la educación radica en la posibilidad de comprender los procesos formativos desde la experiencia vivida, articulando la dimensión subjetiva con los contextos históricos y sociales en los que dicha experiencia se inscribe. En consecuencia, la clave biográfica no solo representa una opción metodológica, sino una forma de pensar la educación desde su complejidad, reconociendo la centralidad del sujeto, la importancia de la memoria y la necesidad de interpretar la realidad desde múltiples perspectivas.

Educación Y Ontopolítica: Una Lectura Desde La Complejidad

La comprensión de la educación en el marco de las transformaciones contemporáneas de las ciencias sociales exige trascender los enfoques tradicionales que la conciben como un mero dispositivo de transmisión de conocimientos o como una estructura funcional al servicio del sistema social. En su lugar, se impone la necesidad de abordarla desde una perspectiva que permita articular sus dimensiones ontológicas y políticas, reconociendo que en el acto educativo se configuran no solo saberes, sino también formas de existencia, modos de subjetivación y relaciones de poder. Es en este cruce donde adquiere sentido la categoría de ontopolítica aplicada al campo educativo.

La noción de ontopolítica remite, en términos generales, a la interrelación entre los modos de ser y las formas de organización del poder. En el ámbito educativo, esta categoría permite comprender que la formación de los sujetos no ocurre en un vacío axiológico o neutral, sino en contextos históricamente determinados, atravesados por discursos, instituciones y prácticas que orientan —y en muchos casos regulan— las posibilidades de pensar, actuar y existir. En consecuencia, la educación no solo produce conocimiento, sino que participa activamente en la producción de subjetividades, configurando identidades, valores, imaginarios y horizontes de sentido.

Desde esta perspectiva, el acto pedagógico se revela como una práctica profundamente política, en tanto implica decisiones sobre qué enseñar, cómo enseñar, para qué enseñar y, sobre todo, qué tipo de sujeto se pretende formar. Estas decisiones no son inocuas ni arbitrarias; responden a proyectos de sociedad, a concepciones del mundo y a intereses que se inscriben en relaciones de poder específicas. Así, la educación se convierte en un espacio privilegiado de disputa simbólica, donde se negocian significados, se legitiman saberes y se establecen jerarquías culturales.

La dimensión ontológica de la educación se vincula con la formación del ser, entendida no como una esencia fija, sino como un proceso dinámico de construcción identitaria. El sujeto educativo no preexiste al proceso formativo; se constituye en él, a través de la interacción con otros, del acceso a determinados saberes y de su inserción en contextos socioculturales específicos. En este sentido, la educación no solo transmite contenidos, sino que configura modos de ser en el mundo, formas de relación con el conocimiento, con los otros y consigo mismo.

Por su parte, la dimensión política de la educación se manifiesta en las estructuras institucionales, en las políticas públicas, en los discursos pedagógicos y en las prácticas cotidianas que organizan la vida escolar. Estas dimensiones no operan de manera aislada, sino que se articulan en una red compleja de relaciones que condicionan las posibilidades de acción de los sujetos. La escuela, en tanto institución, no es un espacio neutro; es un campo de fuerzas en el que se expresan tensiones entre reproducción y transformación, entre control y emancipación, entre normatividad y creatividad.

En el contexto venezolano, particularmente en el período comprendido entre 1950 y 1980, estas tensiones adquieren una relevancia singular. Se trata de una etapa marcada por procesos de modernización, expansión del sistema educativo y consolidación del Estado docente, en la que la educación fue concebida como un instrumento clave para la construcción de ciudadanía y el fortalecimiento de la democracia. No obstante, estos procesos no estuvieron exentos de contradicciones, ya que coexistieron con dinámicas de exclusión, desigualdad y centralización que limitaron el alcance de los ideales democratizadores.

Desde una lectura ontopolítica, este período puede ser interpretado como un momento de configuración de subjetividades en el que la educación desempeñó un papel central en la definición de los modos de ser ciudadano, de participar en la vida pública y de relacionarse con el Estado. Las prácticas pedagógicas, en este contexto, no solo respondieron a lineamientos institucionales, sino que también fueron espacios de negociación, resistencia y rein-

terpretación por parte de los actores educativos.

En este sentido, resulta fundamental reconocer el papel de los docentes como sujetos ontopolíticos, es decir, como agentes que no solo ejecutan políticas educativas, sino que también participan en la construcción de sentido y en la configuración de prácticas pedagógicas con implicaciones éticas y políticas. La labor docente, lejos de reducirse a la transmisión de contenidos, implica una intervención en la formación del sujeto, en su capacidad crítica y en su inserción en la sociedad.

La pedagogía política, entendida como campo de reflexión sobre la relación entre educación y poder, ofrece herramientas conceptuales para analizar estas dinámicas. Desde esta perspectiva, autores como Freire han planteado la necesidad de una educación emancipadora, orientada a la toma de conciencia y a la transformación social, mientras que enfoques críticos contemporáneos han destacado el papel de la educación en la reproducción de estructuras de dominación, pero también en la posibilidad de su transformación. Al respecto, Giroux, 2001, sostiene que:

> Las escuelas no son simplemente lugares de instrucción o de reproducción de la dominación dominante; son también esferas públicas donde los estudiantes pueden aprender las habilidades de la ciudadanía crítica y donde los educadores operan como intelectuales transformativos dedicados a la emancipación social (p. 241).

La pedagogía política ofrece las herramientas conceptuales para entender que el poder no solo se ejerce "de arriba hacia abajo" de forma represiva, sino que también genera resistencia. Afirmar que la educación tiene la posibilidad de subvertir las estructuras de dominación implica asumir que las instituciones escolares son espacios de contradicción. Por lo tanto, desde un análisis crítico contemporáneo, se puede comprender que el educador no es un técnico ejecutor de políticas del Estado, sino un actor político. La educación emancipadora no ocurre al margen de las dinámicas de poder, sino precisamente a través del desmantelamiento crítico de estas dentro y fuera del aula.

En este sentido, la ontopolítica educativa, en este marco, no se limita a describir las relaciones entre educación y poder, sino que invita a problematizar los modos en que dichas relaciones configuran la experiencia del ser. Esto implica reconocer que toda práctica educativa tiene efectos ontológicos, en tanto contribuye a definir qué significa ser estudiante, ser docente, ser ciudadano. Estas definiciones no son estáticas ni universales; varían según el contexto histórico, cultural y político en el que se inscriben.

Asimismo, la perspectiva ontopolítica permite visibilizar las tensiones entre diferentes racionalidades pedagógicas. Por un lado, se encuentran las lógicas tecnocráticas, que conciben la educación en términos de eficiencia, productividad y control, reduciendo el proceso formativo a una serie de procedimientos estandarizados. Por otro lado, emergen enfoques críticos y humanistas que reivindican la educación como espacio de diálogo, creatividad y construcción de sentido. La coexistencia de estas racionalidades genera conflictos que se manifiestan en las prácticas educativas y en las políticas públicas.

En este contexto, la clave biográfica se presenta como una herramienta particularmente útil para explorar estas tensiones, ya que permite acceder a la experiencia vivida de los sujetos y comprender cómo se configuran, negocian y resignifican las relaciones entre educación y poder en la vida cotidiana. A través de las narrativas, es posible identificar cómo los actores educativos interpretan su rol, enfrentan las condiciones estructurales y construyen su identidad en relación con el sistema educativo. Por tanto, se hace necesario referir a Goodson, (2013) al expresar:

> El estudio de las narrativas de vida nos permite ver cómo las vidas de los individuos se cruzan con la historia y las estructuras sociales. Al investigar la biografía en educación, no solo capturamos la experiencia vivida, sino los modos en que los actores interpretan, median y desafían activamente las restricciones políticas e institucionales en su práctica cotidiana (p. 57).

Las estructuras de dominación y las políticas educativas dictadas desde los centros de poder no se aplican de forma automática sobre los sujetos; se viven y, por ende, se fracturan en la cotidianeidad. Desde esta perspectiva, el concepto de negociación y resignificación es crucial. Un docente o un estudiante no son receptores pasivos del sistema; son agentes que, al narrar sus trayectorias, revelan las sutiles tácticas de resistencia, asimilación o acomodación frente a las imposiciones institucionales.

Por lo tanto, la clave biográfica funciona como un puente que disuelve la falsa dicotomía entre estructura y sujeto. En definitiva, a través del relato, la identidad no se muestra como un producto estático determinado por el sistema, sino como un proceso dinámico de construcción y autodefensa; por ende, escuchar y analizar estas perspectivas, permite a la pedagogía crítica entender no cómo *debería* funcionar el poder según los diseños curriculares, sino cómo funciona *realmente* en el tejido vivo de las escuelas.

A tales efectos, abordar la educación desde una perspectiva ontopolítica implica asumir una postura crítica frente a los discursos hegemónicos que buscan naturalizar determinadas formas de organización educativa. Significa reconocer que la educación es un campo en disputa, en el que se juegan proyectos de sociedad, visiones del mundo y posibilidades de transformación. En este sentido, el análisis ontopolítico no solo tiene un carácter descriptivo, sino también propositivo, en tanto abre la posibilidad de imaginar y construir alternativas educativas más justas, inclusivas y emancipadoras.

En consecuencia, la educación, entendida desde la ontopolítica, se revela como un espacio de articulación entre ser y poder, donde se configuran subjetividades, se disputan sentidos y se proyectan horizontes de vida. Esta perspectiva permite enriquecer la comprensión del fenómeno educativo, superando visiones reduccionistas y reconociendo su carácter profundamente humano, histórico y político.

Historicidad, Memoria Y Alteridad En La Experiencia Educativa

La comprensión profunda del fenómeno educativo exige reconocer su carácter intrínsecamente histórico, en tanto práctica social situada que se configura en la intersección de múltiples temporalidades, experiencias y estructuras de sentido. La educación no acontece en el vacío ni responde a una lógica atemporal; por el contrario, se encuentra inscrita en procesos históricos concretos que condicionan sus formas, significados y proyecciones. En este marco, las categorías de historicidad, memoria y alteridad emergen como ejes analíticos fundamentales para interpretar la complejidad de la experiencia educativa desde una perspectiva ontopolítica y hermenéutica.

La historicidad, entendida como la condición temporal que atraviesa toda existencia humana, remite al reconocimiento de que los sujetos y sus prácticas se constituyen en el devenir, en una trama de acontecimientos, discursos y relaciones que configuran su estar en el mundo. Desde esta perspectiva, la educación no puede ser concebida como un conjunto de técnicas o procedimientos neutrales, sino como una práctica históricamente situada, determinada por contextos sociopolíticos, culturales y económicos específicos. La historicidad permite, en consecuencia, comprender que toda experiencia educativa es portadora de un pasado que la antecede, de un presente que la actualiza y de un futuro que la proyecta.

En el ámbito educativo, la historicidad se manifiesta tanto en las estructuras institucionales como en las trayectorias

individuales. Las políticas educativas, los currículos, las prácticas pedagógicas y las formas de organización escolar son el resultado de procesos históricos que reflejan determinadas concepciones del conocimiento, del sujeto y de la sociedad. Al mismo tiempo, los sujetos que participan en estos procesos —docentes, estudiantes, comunidades— construyen sus propias trayectorias en diálogo con estas estructuras, resignificando su experiencia a partir de sus vivencias, expectativas y contextos.

En este sentido, la memoria se constituye en un elemento central para la comprensión de la educación como experiencia histórica. Lejos de ser un simple depósito de recuerdos, la memoria es un proceso activo de reconstrucción y reinterpretación del pasado desde el presente. A través de ella, los sujetos organizan su experiencia, seleccionan acontecimientos significativos y construyen narrativas que les permiten dar sentido a su trayectoria vital. La memoria, por tanto, no reproduce el pasado de manera objetiva, sino que lo reconfigura en función de las necesidades, intereses y marcos interpretativos del presente.

Desde una perspectiva hermenéutica, la memoria se vincula estrechamente con la narrativa, en tanto ambas operan como mediaciones en la construcción del sentido. El relato biográfico, en este contexto, se convierte en un espacio privilegiado donde la memoria se articula con el lenguaje para producir interpretaciones sobre la experiencia vivida. Esta articulación permite no solo reconstruir acontecimientos, sino también comprender cómo estos son significados por los sujetos en relación con su contexto histórico y social. En este sentido, Ricoeur, 2004, plantea:

> La memoria, en su dimensión hermenéutica, no es un mero depósito de imágenes del pasado, sino una búsqueda activa de sentido que se realiza a través de la configuración narrativa. El relato biográfico transforma el tiempo de la acción en tiempo del significado, permitiendo que la experiencia vivida, al ser mediada por el lenguaje, sea interpretada y resignificada en función del presente y de la alteridad. De este modo, narrar la propia vida no es reproducir fielmente los acontecimientos, sino otorgarles una inteligibilidad nueva y comunicable en una trama histórica y social. (p.210).

En virtud de ello, cuando un sujeto recurre al relato biográfico, no realiza un ejercicio arqueológico de excavación de datos puros. La memoria es selectiva y fragmentaria. El lenguaje, por lo tanto, no viene después de la memoria a etiquetar los recuerdos; es el lenguaje el que articula y sutura esos fragmentos, convirtiendo la sucesión cronológica de los acontecimientos en una estructura con sentido, es decir, transformar el tiempo de la acción en tiempo del significado. Esta perspectiva es fundamental para la investigación social y educativa, ya que desplaza la preocupación por la verdad histórica literal hacia la verdad de la significación. Lo valioso para el investigador no es comprobar si el acontecimiento ocurrió con precisión matemática, sino comprender cómo el sujeto se sitúa frente a ese hecho, cómo lo asimila, lo padece o lo transforma en un hito identitario.

Desde esta visión, en el campo educativo, la memoria adquiere una dimensión particularmente relevante, ya que permite recuperar las experiencias de los actores que han participado en los procesos formativos, muchas veces invisibilizados por los discursos oficiales o por las narrativas institucionales dominantes. La recuperación de la memoria pedagógica contribuye a una comprensión más compleja y plural de la educación, al incorporar voces, saberes y experiencias que enriquecen el análisis y cuestionan las versiones hegemónicas del pasado educativo.

Por otra parte, la categoría de alteridad introduce una dimensión ética y relacional que resulta indispensable para pensar la educación en su complejidad. La alteridad remite al reconocimiento del otro como sujeto de experiencia, de saber y de dignidad, y plantea la necesidad de establecer relaciones basadas en el respeto, el diálogo y la apertura a la diferencia. En el ámbito educativo, la alteridad se manifiesta en la relación pedagógica, entendida no como un vínculo unidireccional de transmisión de conocimientos, sino como un espacio de encuentro entre sujetos que construyen conjuntamente el proceso formativo.

La educación, desde esta perspectiva, implica necesariamente una relación con el otro, con su historia, su contexto y su forma de interpretar el mundo. Este reconocimiento de la alteridad desafía las lógicas homogenizadoras que han caracterizado tradicionalmente a los sistemas educativos, promoviendo en su lugar una pedagogía que valore la diversidad, la pluralidad de saberes y la singularidad de las trayectorias individuales.

Asimismo, la alteridad permite problematizar las relaciones de poder que atraviesan la educación, al visibilizar las asimetrías existentes entre los sujetos y cuestionar las formas de dominación que pueden reproducirse en el ámbito pedagógico. En este sentido, la educación se configura como un espacio en el que se negocian significados, se construyen identidades y se disputan posiciones, lo que la convierte en un campo de interacción dinámica y compleja.

La articulación entre historicidad, memoria y alteridad permite, entonces, comprender la educación como una experiencia profundamente humana, en la que los sujetos no solo adquieren conocimientos, sino que construyen su identidad en relación con el tiempo, con los otros y con el mundo. Estas categorías, lejos de operar de manera aislada, se entrelazan en la experiencia educativa, configurando un entramado de significaciones que requiere ser interpretado desde una perspectiva integral. En este sentido, Arendt, H. (2016) señala:

> La educación es el punto en el que decidimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y, por el mismo medio, salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes, sería inevitable. También la educación es donde decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no expulsarlos de nuestro mundo y dejarlos a sus propios recursos, ni robarles de las manos su oportunidad de llevar a cabo algo nuevo, algo que nosotros no previmos, sino prepararlos por adelantado para la tarea de renovar un mundo común. (p. 268)

Por lo tanto, la perspectiva integral que reclama la visión de la autora, es, en realidad, un imperativo humanista. Al entrelazar estas dimensiones, se demuestra que la identidad no se adquiere de forma solipsista o individual, sino en la tensión dialéctica de heredar una historia, habitar un presente con los demás y proyectar un horizonte de transformación hacia el porvenir.

En el contexto venezolano, esta articulación adquiere particular relevancia, dado que los procesos educativos han estado marcados por profundas transformaciones históricas que han incidido en la configuración de las prácticas pedagógicas y en la experiencia de los sujetos. La recuperación de la memoria educativa, desde una perspectiva biográfica, permite acceder a estas transformaciones desde la voz de los actores, revelando las tensiones, continuidades y rupturas que han caracterizado la evolución del sistema educativo.

En este sentido, la clave biográfica se presenta como una herramienta metodológica y epistemológica que permite articular estas dimensiones, al posibilitar la reconstrucción de trayectorias desde la experiencia vivida. A través de la narrativa, es posible comprender cómo los sujetos se sitúan en la historia, cómo interpretan su pasado y cómo construyen su identidad en relación con los otros y con el contexto en el que se desarrollan.

Finalmente, abordar la educación desde las categorías de historicidad, memoria y alteridad implica asumir una postura crítica frente a las visiones simplificadoras que reducen el hecho educativo a sus dimensiones funcionales o instrumentales. Supone reconocer la complejidad de la experiencia educativa, su carácter situado y su profunda vinculación con los procesos históricos y sociales. En este aspecto, la educación se revela como un espacio de construcción de sentido, de configuración de subjetividades y de producción de conocimiento, en el que convergen múltiples dimensiones que requieren ser interpretadas desde una perspectiva integradora y crítica.

Ruta Metodológica: Una Aproximación Hermenéutica-Biográfica

Toda indagación que aspire a comprender la densidad del fenómeno educativo en su dimensión histórica y experiencial requiere asumir una posición metodológica coherente con la complejidad de su objeto. En este caso, la elección de un enfoque cualitativo no responde a una decisión meramente técnica, sino a una toma de postura epistemológica que reconoce la imposibilidad de reducir la experiencia educativa a variables mensurables o a esquemas explicativos de carácter lineal. Se trata, más bien, de aproximarse a la educación como un entramado de significaciones, donde la vida de los sujetos se constituye en fuente legítima de conocimiento.

Desde esta orientación, la investigación se inscribe en el paradigma interpretativo, privilegiando la comprensión sobre la explicación y la reconstrucción de sentido sobre la verificación empírica. El interés no radica en establecer regularidades universales, sino en develar las tramas de significación que emergen en la experiencia vivida, atendiendo a sus matices, tensiones y particularidades. Este posicionamiento permite asumir que el conocimiento producido no es una representación neutral de la realidad, sino una construcción situada que se configura en el encuentro entre el investigador y el mundo que busca comprender.

En correspondencia con esta perspectiva, el método biográfico se constituye en el eje articulador del proceso investigativo. Su elección obedece a la necesidad de acceder a la experiencia educativa desde la voz de quienes la han vivido, reconociendo que en la narración de la vida se condensan no solo acontecimientos, sino también interpretaciones, silencios, énfasis y formas de comprender el mundo. La biografía, en este sentido, no se limita a describir trayectorias, sino que abre un campo de inteligibilidad donde lo individual se entrelaza con lo colectivo y lo subjetivo se vincula con lo histórico.

El trabajo con narrativas biográficas implica, necesariamente, una relación dialógica con los relatos, en la que el investigador asume un rol activo en la construcción del sentido. No se trata de recoger testimonios para luego organizarlos de manera externa, sino de involucrarse en un proceso interpretativo que permita comprender las lógicas internas del discurso, sus rupturas, sus continuidades y sus resonancias en el contexto social en el que se inscriben. En este proceso, la narrativa se configura como un espacio de mediación donde la experiencia se transforma en relato y el relato, a su vez, en objeto de interpretación. En tanto, De Gaulejac, (2016), manifiesta:

> El relato de vida no es un material en bruto que el investigador deba simplemente registrar y clasificar desde el exterior. Es el producto de una interacción, de un diálogo clínico y metodológico en el cual la subjetividad del investigador se encuentra con la del narrador. Comprender un relato implica penetrar en la coherencia interna de su discurso, descifrar sus contradicciones y silencios, y vincular la singularidad de esa experiencia con las determinaciones sociales e históricas que la atraviesan. La interpretación no se superpone al relato; emerge de la mediación entre la escucha activa y la palabra expresada. (p. 82).

Por ende, interpretar las lógicas internas del discurso implica entender que el relato biográfico no es un documento cerrado, sino un espacio dinámico. El investigador no organiza los datos desde afuera bajo categorías preestablecidas y rígidas, sino que dialoga con el texto para que las categorías emerjan de la propia tensión narrativa. Al involucrarse activamente en este proceso interpretativo, la investigación biográfica no solo produce conocimiento científico riguroso, sino que devuelve al actor educativo el estatus de sujeto histórico y epistémico, devolviéndole el control sobre el sentido de su propia experiencia.

Para ello, se recurre a un conjunto de técnicas que, lejos de operar de manera aislada, se articulan en función del propósito comprensivo de la investigación. Las entrevistas en profundidad ocupan un lugar central, en tanto permiten explorar la experiencia desde la perspectiva de los sujetos, favoreciendo la emergencia de relatos amplios, reflexivos y cargados de significado. Estas entrevistas no se conciben como instrumentos rígidos, sino como espacios

de conversación orientada, donde el guion actúa como referencia flexible que posibilita el despliegue de la narrativa sin imponerle una estructura predefinida.

Junto a ello, la revisión de documentos personales e institucionales aporta una dimensión complementaria que enriquece la comprensión de las trayectorias. Cartas, registros, archivos y otros materiales permiten contrastar, matizar y ampliar los relatos, contribuyendo a la construcción de una mirada más compleja sobre la experiencia estudiada. Este diálogo entre fuentes no busca establecer una verdad única, sino generar un campo interpretativo donde distintas voces y registros se entrecruzan, ofreciendo múltiples entradas al fenómeno educativo.

En este mismo sentido, se reconoce el valor de las interacciones no planificadas como parte del proceso investigativo. Conversaciones espontáneas, encuentros fortuitos y situaciones cotidianas pueden revelar aspectos significativos de la experiencia que difícilmente emergen en contextos formales. La apertura a estos momentos implica asumir la investigación como un proceso vivo, en el que la realidad no se presenta de manera ordenada, sino que se despliega en la contingencia de lo cotidiano.

El análisis de la información se desarrolla a partir de una lógica interpretativa que privilegia la comprensión de los significados sobre la categorización mecánica de los datos. En lugar de fragmentar los relatos en unidades aisladas, se busca reconstruir su coherencia interna, atendiendo a la manera en que los sujetos organizan su experiencia, jerarquizan acontecimientos y construyen sentido en torno a ellos. Este proceso supone una lectura atenta, reiterada y reflexiva, en la que el investigador dialoga con el texto, interroga sus silencios y se deja interpelar por sus ambigüedades.

La triangulación se incorpora como estrategia para fortalecer la consistencia del análisis, no en términos de validación positivista, sino como ejercicio de contraste y enriquecimiento interpretativo. La convergencia de distintas fuentes, perspectivas y registros permite ampliar el horizonte de comprensión, evitando lecturas reduccionistas o unilaterales. En este sentido, la triangulación no busca cerrar el sentido, sino abrirlo, generando nuevas posibilidades de interpretación.

Desde el punto de vista hermenéutico, el proceso analítico se concibe como un movimiento circular en el que la comprensión del todo se construye a partir de las partes y, a su vez, las partes adquieren sentido en relación con el todo. Este vaivén interpretativo exige una actitud reflexiva permanente, en la que el investigador revisa sus propios supuestos, reconoce sus implicaciones en el proceso y se mantiene abierto a la transformación de su comprensión inicial.

No puede obviarse, en este contexto, la dimensión ética que atraviesa la investigación biográfica. Trabajar con historias de vida implica adentrarse en experiencias personales que, en muchos casos, están cargadas de significados profundos y de implicaciones afectivas. Esto exige un compromiso con el respeto, la confidencialidad y la responsabilidad en el tratamiento de la información, así como una sensibilidad que permita reconocer al otro no como objeto de estudio, sino como sujeto de saber. Ante tal realidad, Arfuch, (2010), argumenta:

> El trabajo con el relato de vida desplaza la clásica distancia aséptica de la investigación tradicional para instalarse en el terreno de la intersubjetividad y la responsabilidad ética. Interrogar una vida, escucharla y ponerla en texto no es una operación técnica inocente; es un acto de profanación consentida que toca fibras afectivas, memorias traumáticas y zonas de vulnerabilidad. La ética en este espacio no se reduce a un protocolo de consentimiento informado, sino al compromiso inalienable de resguardar la alteridad del narrador, reconociendo que su palabra no es un insumo descriptivo para el analista, sino una enunciación portadora de una verdad subjetiva y de un saber propio sobre el mundo. (p. 63)

En consecuencia, las experiencias personales no son datos inertes; están preñadas de implicaciones afectivas. Cuando un actor educativo abre su biografía, desentierra memorias que a menudo implican tensiones con el poder, exclusión, frustración o logros profundamente significativos. Por ello, el investigador no puede operar bajo la lógica extractivista de la ciencia tradicional. La confidencialidad y el respeto no son solo salvaguardas legales, sino las condiciones de posibilidad para que el diálogo ocurra en un entorno seguro.

El aporte más radical de la visión de este autor, es, sin duda, la exigencia de reconocer al otro no como objeto de estudio, sino como sujeto de saber. Este enunciado fractura la jerarquía colonial de la investigación donde el académico es el único que posee el monopolio de la interpretación y el informante es un mero proveedor de experiencias crudas. La perspectiva biográfica, por el contrario, entiende que el narrador ya ha teorizado e interpretado su propia vida al vivirla y al contarla.

En definitiva, la ruta metodológica aquí asumida responde a la necesidad de construir una comprensión situada de la educación, en la que la experiencia de los sujetos se reconozca como fuente legítima de conocimiento. El enfoque hermenéutico-biográfico no ofrece respuestas cerradas ni pretende agotar el sentido de los fenómenos que aborda; más bien, abre un espacio de reflexión donde la educación puede ser pensada en su complejidad, en su historicidad y en su profunda vinculación con la vida de quienes la hacen posible.

Implicaciones Pedagógicas

Las consideraciones teóricas y metodológicas desarrolladas en torno a la clave biográfica y la comprensión ontopolítica de la educación no pueden quedar circunscritas al plano analítico. Su verdadero alcance se pone en juego cuando se proyectan sobre la praxis pedagógica, interpelando los modos tradicionales de concebir, ejercer y pensar la educación. En este sentido, las implicaciones pedagógicas que se derivan de esta perspectiva no se reducen a ajustes instrumentales, sino que suponen una reconfiguración profunda del sentido mismo del quehacer educativo.

En primer lugar, se impone la necesidad de reconocer al docente como sujeto histórico, portador de una trayectoria que no solo influye en su práctica, sino que la constituye. La formación docente, en muchos casos anclada en modelos tecnocráticos y descontextualizados, ha tendido a despojar al educador de su dimensión biográfica, reduciéndolo a ejecutor de programas, diseñador de estrategias o mediador de contenidos. Frente a esta tendencia, el enfoque biográfico reivindica la experiencia del docente como fuente legítima de saber, abriendo la posibilidad de una pedagogía que se nutra de la memoria, de la reflexión sobre la propia práctica y de la conciencia de pertenecer a una historia que trasciende lo individual.

Esta revalorización de la experiencia implica, a su vez, una transformación en los procesos de formación inicial y continua. No se trata únicamente de incorporar contenidos sobre historia de la educación o teorías pedagógicas, sino de generar espacios donde los docentes puedan narrar, interpretar y problematizar su propia trayectoria. La formación deja de ser entonces un proceso de acumulación de saberes para convertirse en un ejercicio de auto comprensión, en el que el sujeto se reconoce como actor de su propia práctica y como partícipe de un proceso histórico más amplio.

Por otra parte, la incorporación de la clave biográfica en la reflexión pedagógica invita a reconsiderar la relación entre enseñanza y aprendizaje desde una perspectiva menos prescriptiva y más dialógica. La centralidad del sujeto, tanto del docente como del estudiante, desplaza el énfasis desde la transmisión de contenidos hacia la construcción compartida de sentido. En este marco, el aula se configura como un espacio de encuentro donde convergen historias, saberes y experiencias diversas, lo que exige una pedagogía capaz de acoger la pluralidad sin diluirla en esquemas homogéneos. Al respecto, Contreras Domingo, (2010), indica:

> Pensar la educación desde la clave de la experiencia y la biografía significa romper con la obsesión por el control y la prescripción técnica que reduce la enseñanza a una mera transmisión. El aula no es un contenedor aséptico para aplicar programas homogéneos, sino un espacio relacional y vivido donde acontecen e interaccionan las historias de vida de quienes la habitan. Una pedagogía de la alteridad y de la experiencia exige acoger las singularidades, los saberes no académicos y las trayectorias diversas tanto de docentes como de estudiantes, abriendo el aula a la construcción compartida de sentidos singulares que no pueden ser anticipados por ningún diseño curricular. (p. 61).

Cuando el aula es leída en clave biográfica, se reconoce que los estudiantes no ingresan al salón como tabulas rasas o mentes vacías listas para ser llenadas de contenidos; ingresan con una mochila biográfica llena de saberes comunitarios, dolores familiares, expectativas y cosmovisiones. Del mismo modo, el docente no es un transmisor neutral, sino un sujeto cuya práctica está profundamente atravesada por su propia historia de vida, sus éxitos y sus heridas escolares.

El gran desafío que plantea el autor, es la configuración del aula como un espacio de encuentro dialógico. Esto exige acoger la pluralidad sin diluirla en esquemas homogéneos. La escuela moderna se fundó sobre el principio de la homogeneización: mismos contenidos, mismos tiempos, mismos criterios de evaluación.

La clave biográfica, por el contrario, rescata la singularidad. Acoger la pluralidad implica aceptar que el conflicto cognitivo y las discrepancias biográficas son el verdadero motor del aprendizaje. El énfasis ya no está en que todos memoricen lo mismo, sino en la construcción compartida de sentido. En última instancia, esta aproximación transforma, el aula en una esfera democrática y viva, donde aprender no es acumular información, sino expandir la propia biografía en el encuentro con la historia del otro.

Este desplazamiento conlleva una crítica implícita a las lógicas estandarizadoras que han permeado los sistemas educativos contemporáneos. La tendencia a uniformar los procesos de enseñanza y aprendizaje, bajo criterios de eficiencia y control, ha generado prácticas que, en muchos casos, desconocen la singularidad de los sujetos y la especificidad de los contextos. Frente a ello, la perspectiva biográfica propone una educación situada, atenta a las trayectorias individuales y a las condiciones concretas en las que se desarrolla la experiencia educativa.

En esta misma línea, se hace evidente la necesidad de replantear la noción de gestión educativa. Tradicionalmente asociada a funciones administrativas y organizativas, la gestión ha sido concebida como un conjunto de procedimientos orientados a garantizar el funcionamiento de las instituciones. Sin embargo, una lectura ontopolítica de la educación obliga a ampliar esta concepción, reconociendo que toda acción de gestión tiene implicaciones en la configuración de las relaciones pedagógicas y en la producción de subjetividades.

Desde esta perspectiva, la gestión no puede limitarse a la administración de recursos o al cumplimiento de normativas; debe ser entendida como una práctica pedagógica en sí misma, en la que se ponen en juego valores, decisiones éticas y visiones de mundo. Esto supone repensar el rol de quienes ocupan posiciones de dirección, no como meros gestores de procesos, sino como actores que inciden en la orientación del proyecto educativo, en la construcción de la cultura institucional y en la definición de los sentidos que guían la acción pedagógica.

Asimismo, la perspectiva desarrollada invita a recuperar la dimensión ética de la educación, entendida no como un conjunto de normas externas, sino como una orientación fundamental que atraviesa la relación pedagógica. La alteridad, en este contexto, adquiere un lugar central, en tanto obliga a reconocer al otro en su singularidad, a escuchar su voz y a construir vínculos basados en el respeto y la responsabilidad. Esta ética de la relación desafía prácticas autoritarias o verticales, promoviendo formas de interacción más horizontales y reflexivas.

En el plano curricular, las implicaciones de esta mirada son igualmente significativas. La organización del conocimiento en disciplinas cerradas, desvinculadas de la experiencia de los sujetos, ha contribuido a una fragmentación que dificulta la comprensión integral de la realidad. La incorporación de la narrativa, de la memoria y de la experiencia como ejes articuladores del proceso formativo abre la posibilidad de diseñar propuestas curriculares más flexibles, capaces de integrar saberes y de conectar el aprendizaje con la vida.

Por otra parte, la clave biográfica ofrece un potencial importante para la investigación educativa, en tanto promueve una aproximación más cercana a las realidades que se pretenden comprender. La recuperación de historias de vida, la exploración de trayectorias y la interpretación de narrativas permiten acceder a dimensiones del fenómeno educativo que difícilmente emergen en estudios de corte cuantitativo. Esto no implica una descalificación de otros enfoques, sino el reconocimiento de que la complejidad de la educación exige la articulación de diversas perspectivas. En Tanto, Bolívar, (2012) comenta:

> El enfoque biográfico-narrativo no viene a sustituir a los enfoques cuantitativos o de corte positivista, sino a llenar un vacío epistemológico que estos dejan libre: la dimensión del significado, de la experiencia vivida y de la subjetividad de los actores. La investigación educativa no puede seguir ignorando que la educación es un tejido de relaciones humanas y trayectorias personales. El uso de historias de vida y narrativas permite cartografiar zonas de la realidad escolar que son inaccesibles para las encuestas y los indicadores estadísticos. Reconocer el potencial de la clave biográfica implica asumir que la complejidad constitutiva de la educación no se deja atrapar por una sola mirada, exigiendo una apertura hacia la pluralidad metodológica. (p. 78-79)

Mientras que un enfoque cuantitativo puede mapear con precisión macroscópica las tasas de deserción escolar o el rendimiento académico en una región, solo la clave biográfica puede explicar *cómo* y *por qué* un estudiante o un profesor llegó a tomar ciertas decisiones dentro de su trayectoria, revelando las lógicas internas de sus vivencias.

Por lo tanto, la articulación de diversas perspectivas que el fragmento propone no es un ejercicio de eclecticismo ingenuo, sino una exigencia de la complejidad del objeto de estudio. La educación es, simultáneamente, una estructura institucional medible y analizable estadísticamente y una experiencia humana vital interpretable narrativamente. Validar el enfoque biográfico es entender que la rigurosidad científica no equivale exclusivamente a la cuantificación, sino a la capacidad del método para ser fiel a la naturaleza del fenómeno que investiga.

En uso de esta realidad, en el contexto venezolano, estas implicaciones adquieren una relevancia particular. Las transformaciones sociales, políticas y económicas que han marcado la historia reciente del país han tenido un impacto significativo en el sistema educativo, generando tensiones que se reflejan en las prácticas pedagógicas, en las condiciones de trabajo docente y en las experiencias de los estudiantes. En este escenario, la recuperación de la memoria educativa y la reflexión sobre las trayectorias se convierten en herramientas fundamentales para comprender el presente y proyectar el futuro, aun cuando pueda ser medible e interpretable.

Finalmente, asumir la educación desde una perspectiva ontopolítica y biográfica implica adoptar una postura crítica frente a los discursos que buscan reducirla a un instrumento de adaptación o a un mecanismo de reproducción social. Significa reconocer su potencial transformador y su capacidad para contribuir a la construcción de sujetos críticos, capaces de interrogar su realidad y de participar activamente en su transformación.

En síntesis, las implicaciones pedagógicas de esta perspectiva no se agotan en la introducción de nuevas técnicas o estrategias, sino que apuntan a una redefinición del sentido de la educación. Se trata de pensar

la pedagogía no como un conjunto de procedimientos, sino como una práctica reflexiva, situada y comprometida, en la que el conocimiento se construye en diálogo con la experiencia y en relación con los desafíos históricos de cada contexto.

Conclusiones: La Educación Como Experiencia Ontopolítica Y Horizonte De Sentido

Las reflexiones desarrolladas a lo largo de este trabajo permiten afirmar que la educación, cuando es abordada desde una perspectiva que articula la clave biográfica con la dimensión ontopolítica, revela una complejidad que desborda ampliamente los marcos tradicionales de análisis. Lejos de constituirse como un sistema neutro orientado exclusivamente a la transmisión de saberes, la educación se configura como un espacio en el que se producen, se disputan y se transforman modos de existencia, formas de subjetividad y proyectos de sociedad.

En este recorrido, la incorporación del enfoque biográfico ha permitido desplazar la mirada desde las estructuras abstractas hacia la experiencia vivida, reconociendo en las trayectorias de los sujetos una fuente privilegiada para la comprensión del fenómeno educativo. La narrativa, entendida como mediación entre la vida y su interpretación, ha mostrado su capacidad para revelar dimensiones de la realidad que permanecen ocultas bajo enfoques que privilegian la cuantificación o la generalización. En este sentido, la biografía no solo aporta información sobre el pasado, sino que se constituye en un dispositivo de conocimiento que permite articular memoria, identidad e historicidad.

La noción de ontopolítica, por su parte, ha ofrecido un marco conceptual que posibilita comprender la educación en su doble dimensión: como proceso de formación del ser y como práctica atravesada por relaciones de poder. Esta articulación ha permitido evidenciar que toda acción educativa implica decisiones que inciden en la configuración de subjetividades, en la definición de horizontes de sentido y en la reproducción o transformación de las estructuras sociales. Pensar la educación en clave ontopolítica supone, por tanto, asumir su carácter ético y político, reconociendo que en ella se juega la posibilidad misma de construir formas de vida más justas, inclusivas y reflexivas.

El análisis de categorías como historicidad, memoria y alteridad ha contribuido a profundizar esta comprensión, al mostrar que la experiencia educativa se construye en el entrecruce de temporalidades, en la reinterpretación constante del pasado y en el encuentro con el otro. La educación aparece así como un proceso en permanente devenir, en el que los sujetos no solo adquieren conocimientos, sino que configuran su identidad en relación con el mundo que habitan y con los otros con quienes lo comparten. Esta perspectiva permite superar visiones fragmentadas del hecho educativo, integrando sus dimensiones cognitivas, ética, social y política en una comprensión más amplia y coherente. Por ello se hace necesario, recurrir a la perspectiva de Mèlich, (2014), cuando expresa:

> La educación no es un proceso de fabricación ni de transmisión aséptica, sino un acontecimiento ético y relacional que se despliega en el tiempo. Educar es, por definición, un acto de hospitalidad hacia el que llega, una respuesta al rostro del otro que rompe toda pretensión de homogeneidad. Este encuentro no ocurre en el vacío, sino en un entramado de historicidad y memoria, donde el pasado no se repite, sino que se reinterpreta y se narra desde el presente para abrir nuevos horizontes de sentido. La educación es un proceso inacabado, un permanente devenir en el que el sujeto configura su identidad no de forma aislada, sino en la co-habitación de un mundo compartido que es, simultáneamente, cognitivo, ético y político. (P. 42).

En tanto, La modernidad escolar tendió a atomizar el hecho educativo: por un lado la instrucción cognitiva, por otro la formación ciudadana, y por otro la gestión política. Al demostrar que estas dimensiones están trenzadas de forma indisoluble en la experiencia viva de los sujetos, el texto fundamenta una pedagogía integral. En conclusión, educar no es dotar al sujeto de herramientas para que se adapte al mercado; es sostener un espacio ético y político

para que el sujeto, en relación con sus pares y su historia, configure conscientemente su propio modo de habitar el mundo.

En el plano metodológico, la adopción de una perspectiva hermenéutico-biográfica ha demostrado ser pertinente para abordar la complejidad del fenómeno estudiado. La interpretación de narrativas, el diálogo entre fuentes y la reconstrucción de trayectorias han permitido generar un conocimiento situado, sensible a los contextos y atento a las singularidades. Este enfoque, lejos de ofrecer verdades absolutas, abre un espacio de comprensión en el que el sentido se construye de manera dinámica, en interacción con los relatos y con la propia posición del investigador.

Las implicaciones pedagógicas derivadas de esta perspectiva refuerzan la necesidad de repensar la educación en términos más humanos y menos instrumentales. La revalorización de la experiencia docente, la incorporación de la narrativa en los procesos formativos, la resignificación de la gestión educativa y la recuperación de la dimensión ética de la relación pedagógica apuntan hacia una transformación que no puede ser reducida a reformas superficiales. Se trata, más bien, de una reconfiguración del sentido educativo que coloque en el centro al sujeto, su historia y su capacidad de construir significado.

En el contexto venezolano, estas reflexiones adquieren una relevancia particular. Las transformaciones históricas que han marcado el desarrollo del sistema educativo han dejado huellas profundas en las prácticas pedagógicas y en las experiencias de quienes participan en ellas. Recuperar estas experiencias desde una perspectiva biográfica no solo permite comprender el pasado, sino también interrogar el presente y proyectar el futuro desde una conciencia crítica. En este sentido, la memoria educativa se convierte en un recurso indispensable para la construcción de alternativas que respondan a los desafíos actuales.

Finalmente, asumir la educación como experiencia ontopolítica implica reconocer su potencial transformador. No se trata únicamente de describir la realidad educativa, sino de abrir posibilidades para su resignificación. La educación, entendida desde esta perspectiva, se presenta como un espacio en el que es posible imaginar otros modos de ser, otras formas de relación y otros horizontes de convivencia. Esta posibilidad no está garantizada de antemano; depende de las decisiones, prácticas y compromisos de quienes participan en el proceso educativo.

En resumen, la articulación entre clave biográfica y ontopolítica permite construir una mirada que, sin renunciar al rigor académico, se mantiene abierta a la complejidad de la experiencia humana. Desde esta posición, la educación deja de ser un objeto distante para convertirse en una práctica viva, en constante transformación, en la que se entrelazan historia, memoria, poder y subjetividad. Pensarla de este modo no solo enriquece su comprensión, sino que también amplía las posibilidades de intervenir en ella de manera crítica, reflexiva y comprometida con la construcción de un horizonte educativo más pleno.

Referencias

Abab, M. (2020). Corrientes epistemológicas y sus implicaciones en la educación. Revista Interamericana de Investigación, Educación y Pedagogía, vol. 13, núm. 2, pp. 271-288, 2020. Universidad Santo Tomás.

Arendt, H. (2016). *Entre el pasado y el futuro: Ocho ejercicios de reflexión política* (A. Poljak, Trad.). Prisa Ediciones. (Obra original publicada en 1954).

Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico: Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Econó-

mica.

Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida: Perspectiva etnosociológica*. Bellaterra.

Bolívar, A. (2012). *El enfoque biográfico-narrativo en la investigación educativa: Dimensiones metodológicas y prácticas*. Editorial La Muralla.

Berger, P. L., & Luckmann, T. (2006). La construcción social de la realidad (20.ª reimp.). Amorrortu.

Campos, A. (1995). El barrio: una opción ética. Revista Heterotopía, (1), 1–12.

Córdova, V. (1993). Historias de vida: una metodología alternativa para las ciencias sociales. Fondo Editorial Tropykos.

Contreras Domingo, J. (2010). La importancia de la experiencia en la educación y la investigación pedagógica. En J. Contreras Domingo & N. Pérez de Lara (Comps.), *Investigar la experiencia educativa* (pp. 45-72). Morata

De Gaulejac, V. (2016). *La sociología clínica: Entre historia colectiva y trayectoria individual*. Quipus

Ferrarotti, F. (1990). La historia y lo cotidiano: estudios sobre la historia social. Península.

Freire, P. (1997). Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa. Siglo XXI Editores.

Gadamer, H.-G. (2000). El problema de la conciencia histórica. Tecnos.

Gadotti, M. (2007). Educar para otro mundo posible: el Foro Social Mundial como espacio de aprendizaje de una nueva cultura política. CLACSO.

Giroux, H. A. (1988). Los profesores como intelectuales: hacia una pedagogía crítica del aprendizaje. Paidós.

Giroux, H. A. (2001). *Cultura, política y práctica educativa*. Graó.

Goodson, I. F. (2013). *Developing narrative theory: Life histories and personal representation*. Routledge.

Hegel, G. W. F. (2000). Escritos pedagógicos. Fondo de Cultura Económica.

Huchim, D., & Reyes, R. (2013). La investigación biográfica-narrativa, una alternativa para el estudio de los docentes. Actualidades Investigativas en Educación, 13(3), 1–27.

Kohli, M. (1993). Biografía: relato, texto y método. En J. Aceves (Ed.), Historia oral: métodos y experiencias (pp. 173–184). Universidad Autónoma Metropolitana.

Lowe, R. (2005). ¿Necesitamos todavía una historia de la educación? En G. Ruiz Berrio (Ed.), Repensar la historia de la educación: nuevos desafíos, nuevas propuestas (pp. 101–120). Biblioteca Nueva.

Lincoln, Y. S., & Guba, E. G. (1985). *Naturalistic inquiry*. SAGE Publications.

Maturana, H. (1996). Emociones y lenguaje en educación y política. Dolmen.

Mèlich, J.-C. (2014). *Lógica de la crueldad*. Herder.

Prieto Figueroa, L. B. (1960). El maestro como líder. Editorial Monte Ávila.

Prieto Figueroa, L. B. (1977). El Estado docente. Biblioteca Ayacucho.

Ricoeur, P. (2004). La memoria, la historia, el olvido. Fondo de Cultura Económica.

Varguillas, C., & Ribot, S. (2007). Implicaciones conceptuales y metodológicas en la aplicación de la entrevista en profundidad. Laurus, 13(23), 249–262.

Viloria Asención, J. G. (2007). La educación y la escuela en Venezuela a partir de la experiencia de vida de Gilberto Picón Medina: una historia de vida. Fondo Editorial de la UPEL.

Universidad Pedagógica Experimental Libertador. (2006). Manual de trabajos de especialización y maestría y tesis doctorales (4.ª ed.). UPEL.